

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI: PRECURSOR ANTE EL PROBLEMA AGRARIO Y EL “PROBLEMA DEL INDIÓ”

Mariátegui, por él mismo:

Aunque soy un escritor muy poco autobiográfico, le daré yo mismo algunos datos sumarios. Nací el 95. A los 14 años trabajé en el diarismo, primero en la “Prensa”, luego en “El Tiempo”, finalmente en la “Razón”. En este último diario patrocinamos la reforma universitaria. Desde 1918, nauseado de política criolla, me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato aficionado de decandentismo y bizantinismo finiseculares, en pleno apogeo. Desde fines de 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa. Residí más de dos años en Italia, donde desposé una mujer y algunas ideas. Anduve por Francia, Alemania, Austria y otros países. Mi mujer y mi hijo me impidieron llegar a Rusia. Desde Europa me concerté con algunos peruanos para la acción socialista. Mis artículos de esa época señalan las estaciones de mi orientación socialista. A mi vuelta al Perú, en 1923, en reportajes, conferencias en la Federación de Estudiantes, en la Universidad Popular, artículos, etc., expliqué la situación europea e inicié mi trabajo de investigación a la realidad nacional, conforme al método marxista. En 1924 estuve, como ya lo he contado, a punto de perder la vida. Perdí una pierna y quedé muy delicado. Habría seguramente ya curado del todo con una existencia reposada. Pero ni mi pobreza ni mi inquietud espiritual me lo consienten. No he publicado más libros que el que Ud., conoce. Tengo listos dos y en proyecto otros dos. He aquí mi vida en pocas palabras. No creo que valga la pena hacerla notoria; pero no pude rehusarle los datos que Ud. me pide. Me olvidaba: soy un autodidacto. Me matriculé una vez en letras en Lima, pero con el sólo interés de seguir el curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extraunivers-

sitario y, tal vez, si hasta antiuniversitario. En 1925 la Federación de Estudiantes me propuso a la Universidad como catedrático de la materia de mi competencia; pero la mala voluntad del rector y, seguramente, mi estado de salud, frustraron esta iniciativa.¹

I. AB INITIO

Indiscutiblemente el valor con que Mariátegui decidió resolver esta tarea aplicada al Perú es lo que explica precisamente la frescura de sus obras, la actualidad de sus opiniones y el método de investigación. De sus obras es fácil advertir que él no pretendía la “peruanización” o la “indoamericanización” del marxismo (esto lo hizo su antípoda, Víctor Raúl Haya de la Torre). Así los trabajos de José Carlos Mariátegui son un intento de aplicación de la realidad universal del marxismo a las condiciones particulares de su país.²

1 De la carta de fecha 10 de enero de 1927, enviada al escritor Enrique Espinoza (Samuel Glusberg), director de la revista *La Vida Literaria*, que apareciera en Buenos Aires, el 3 de mayo de 1930, en homenaje a Mariátegui. Información tomada de la edición peruana de los *Siete ensayos*, Lima, Amauta, 1976.

2 Para el trabajo nos servimos de las antologías comentadas de Carrión, Benjamín, *José Carlos Mariátegui: el precursor, el anticipador, el suscitador*, México, Sep-setentas, 1970 y Neira, Hugo, *José Carlos Mariátegui en sus textos*, Lima, Ediciones Peisa, 1973 (2 t.). Para un acercamiento global sobre Mariátegui: Bazan, Armando, *Biografía de José Carlos Mariátegui*, Santiago de Chile, Zig Zag, 1939; Carnero Checa, Genaro, *La acción escrita: José Carlos Mariátegui periodista* (ensayo) Lima, Imprenta Torres-Aguirre, 1964; Espinoza, Aguirre, “José Carlos Mariátegui a través de su correspondencia”, *En su trinchera*, Buenos Aires, 1932, pp. 40-69. Prado, Jorge del, *Mariátegui y su obra*, Lima, Ed. nuevos Horizontes, 1946 (lo estudia como fundador del Partido Comunista); Paredes Macedo, Saturnino, *En defensa del legado de Mariátegui*, Partido Comunista Peruano, texto mimeografiado, 1970; Rouillon, Guillermo, *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*, Perú, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963; Zea, Leopoldo, *Precursores del pensamiento latinoamericano*. México, Sep-Diana, 1979.

J. C. M. comprendió la unidad orgánica de las corrientes integrantes de la revolución socialista mundial y subrayaba que el socialismo aunque surgió en Europa, al igual que el capitalismo, no era un producto específico y exclusivamente europeo.

Mariátegui nos dice por ejemplo que el conocimiento histórico del indio es útil; pero aún lo es más tener una idea justa de su vida, de las condiciones de su explotación, de sus posibilidades de lucha y concede a la investigación una importancia que por entonces parecía desusada, por prevalecer la idea colonial que señala muy escasa utilidad al conocimiento del indio. De ahí las afirmaciones rotundas de Mariátegui: “la consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales es demasiado evidente para que precise documentarla”.

Así, nuestro personaje, como lo señala el escritor ecuatoriano Benjamín Carrión,

fue el despertador, el levantador del ánimo, el invitador a la acción siendo él eso toda su vida, al hablar, al inculcar, al investigar e interpretar la realidad peruana. Y esa es la herencia de Mariátegui; habernos dicho que no solamente hay que pensar, lucubrar, discurrir. La herencia de la acción. Y no la acción del promotor de insurrecciones, sino del convictor (*sic*) de pueblos, de la voz que señala los caminos.

Por nuestra parte, estimamos que la interpretación de la realidad peruana por José Carlos Mariátegui consistió precisamente en que puso de manifiesto la misión histórica de la clase obrera, basándose en las doctrinas de los clásicos del marxismo y advirtió el papel de la lucha obrera en contra del imperialismo, y en ella depositó las esperanzas para la victoria del socialismo.³

3 Sobre el marxismo de Mariátegui; Choy, *et al.*, *Lenin y Mariátegui*, Lima, Ed. Amauta, S.A., 1970; Kossok, Manfred, *José Carlos Mariátegui y el desarrollo del pensamiento marxista en el Perú*, Lima, Cía. de impresiones

Al indicarle a la clase obrera el camino para resolver sus tareas, Mariátegui subrayó ante todo el hecho de que la clase obrera le es indispensable profundizar su conciencia de clase. Les demostró a los obreros que la lucha económica por sí sola no los conduciría a la victoria, que el proletariado que solamente tiene como ideal la reducción de la jornada de trabajo y el aumento mínimo del salario, no está capacitada para realizar una obra histórica.

Fue el primero en América Latina en plantear el problema sobre el importante papel de las masas indígenas en la revolución, señaló las vías para resolverlo y advirtió que el problema del indio sólo puede ser planteado a un nivel socioeconómico y, por eso con esa misma lógica contradice la elevación del mestizo a la categoría de raza cósmica que la vehemencia tropical de Vasconcelos propuso en 1925. Lo que importa argumenta J. C. M., no es el cruzamiento biológico sino “la aptitud para evolucionar hacia el estado social o tipo de civilización modernos”.

Finalmente no nos queda más que concluir esta pequeña introducción haciendo referencia a que más de alguna ocasión

y publicidad, 1967. Dentro de las actividades del coloquio internacional “Mariátegui y la Revolución Latinoamericana” organizado por la Universidad Autónoma de Sinaloa, en Culiacán del 14-18 de abril de 1980, fue presentada una edición homenaje en la revista *Buelna* 4/5, año II, núms. 4-5, enero-marzo 1980, la publicación a cargo de José Aricó constituye un excelente material de estudio. Aparece un artículo de Francisco José Paolí “Mariátegui intérprete de la revolución mexicana 1910-1930” pp. 112-118. “José Carlos Mariátegui formuló las elaboraciones teóricas y los análisis políticos más profundos y precisos. Su preparación intelectual era de mayor nivel. En una obra que publicó titulada *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, dejó el primer descubrimiento de un país latinoamericano por un autor marxista-leninista que se decía a sí mismo convicto y confeso. Es la obra más famosa de él, pero para conocer su pensamiento resulta indispensable leer *La escena contemporánea, La historia de la crisis mundial, en defensa del marxismo*”. González Casanova, Pablo, “Sobre el marxismo en América Latina” *Dialéctica*, Puebla, año XII, núm. 20, Universidad Autónoma de Puebla, diciembre de 1988.

se ha dicho que J. C. M. fue un populista, y de esa manera el conocido indigenista mexicano Aguirre Beltrán nos dice: “Que hoy no se disputa si Mariátegui fue un marxista ortodoxo o un populista: con fuerte carga peyorativa puesta sobre esta última calificación”. Lo que nadie pone en duda (Aguirre Beltrán) “es la clara visión que tuvo de la raíz misma de la problemática peruana; la servidumbre del indio”.⁴

Por su parte el sociólogo ruso V. Koriónov en su defensa sobre el segundo calificativo nos aclara en el sentido de que J. C. M.

Fue el que combatió la concepción populista en la lucha revolucionaria, la teoría aprista de la “originalidad” del Perú. Recordemos que él fue quien rechazaba enérgicamente la afirmación de los apristas sobre el desarrollo único del Perú. Escribía al respecto que esto se parecía mucho a la afirmación de la originalidad del régimen económico de Rusia en general y del campesinado con su comunidad, arte, etc., en particular, contra lo que Lenin luchaba con tanta energía en su trabajo ¿A qué herencia renunciamos?⁵

La forma en que J. C. M. enfocó el problema de la comunidad indígena, fue otro completamente. Incluso en esta cuestión él seguía a los clásicos del marxismo. Pues como es sabido, F. Engels admitió que en caso de la victoria de la clase obrera, los países económicamente atrasados pueden utilizar “. . . los restos de la propiedad comunal y sus correspondientes costumbres populares como un poderoso instrumento para abreviar considerablemente su proceso de desarrollo hacia la sociedad socialista”.

4 Aguirre Beltrán, Gonzalo, “Introducción” a la obra de Lombardo Toledano, Vicente, *El problema del indio*. México, Sep-setentas, núm. 114, 1973, p.8.

5 Koriónov, V., “Mariátegui: destacado marxista-leninista latinoamericano”. *Revista Historia y Sociedad*, México, núm. 6, Verano de 1966, p. 4.

II. SU NUEVO PLANTEAMIENTO

J. C. M. parte de que todas las tesis sobre el problema indígena, que ignoran o eluden a éste como problema económico social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos —y a veces sólo verbales—, condenados a un absoluto descrédito. No las salva a algunas su buena fe. Prácticamente, todas no han servido sino para ocultar o desfigurar la realidad del problema. La crítica socialista lo descubre y esclarece, porque busca sus causas en la economía del país y no en sus mecanismos administrativos, jurídicos o eclesiásticos, ni en su dualidad o pluralidad de razas, ni en sus condiciones culturales o morales. La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituyen un trabajo superficial o adjetivo, mientras subsistan la feudalidad de los “gamonales”. Esta introducción lo lleva a descartar, como ya lo señalamos, los planteamientos jurídicos de la contribución a una “legislación tutelar indígena”, planteada por el doctor José S. Encinas. Señala además la derrota más antigua y evidente de los que reducen la protección de los indígenas a un asunto de ordinaria administración; también a la suposición de que el problema indígena es un problema racial, el cual a su juicio, se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialista. El concepto de razas inferiores sirvió al occidente blanco para su obra de expansión y conquista; esperar la emancipación indígena de un activo cruzamiento de la raza aborígen con inmigrantes blancos, es una ingenuidad antisociológica, concebible sólo en la mente rudimentaria de un importador de carneros merinos.

Para J. C. M., la tendencia a considerar el problema indígena como un problema moral, encarna una concepción liberal, humanitaria, ochocentista, iluminista, que el orden político de oc-

cidente anima y motiva las “ligas de los derechos del hombre”. Las conferencias y sociedades esclavistas, que en Europa han denunciado más o menos infructuosamente los crímenes de los colonizadores, nacen de esa tendencia, que ha confiado siempre con exceso en sus llamamientos al sentido moral de la civilización. González Prada no se encontraba exento de esperanza cuando escribía que la “condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores”. (González Prada, *Horas de lucha*). Y así, para Mariátegui La Asociación Pro-Indígena (1909-1917) representó, ante todo la misma esperanza con todo el idealismo práctico, característicamente sajón de Dora Mayer. Luego, la esperanza en una solución eclesiástica es indiscutible la más rezagada y antihistórica de todas. El concepto de que el problema del indio es un problema de educación, no aparece sufragado ni aún por un criterio estricto y autónomamente pedagógico. El pedagogo moderno sabe perfectamente que la educación no es una mera cuestión de escuela y métodos didácticos. El medio económico social condiciona inexorablemente la labor del maestro.

No obstante lo anterior, es preciso recordar que J. C. M. estimaba como verdaderos agentes de comunicación revolucionaria a los maestros, que según su decir llegaban a lugares tan apartados que ni la policía llegaba, y así veía con buenos ojos, por razones obvias, la tarea enunciada a los maestros, mineros, transportista y a la prensa, pero en especial a la transmisión de agentes bilingües, y se explica por una razón sencilla: que en el Perú además del español se habla el aymará y el quechua, independiente de otras 33 lenguas autóctonas que refieren los lingüistas peruanos. Así, la solución pedagógica, propugnada por muchos con perfecta buena fe, está ya hasta oficialmente descartada. Los educacionistas son, repito, los que

menos pueden pensar en independizarla de la realidad económica-social. No existe, pues, en la actualidad, sino como una sugerencia vaga e informe, de la quien ningún cuerpo y ninguna doctrina se hace responsable. El nuevo planteamiento consiste en buscar el problema indígena en el problema de la tierra. Así, para J. C. M., según lo señalaba en el prólogo de *Tempestad en los Andes*, de Valcárcel:

La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla —esto es para adquirir realidad, corporeidad— necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez, esclarecido y demarcado.

III. UN PELIGRO: EL MESIANISMO AUTOCTONISTA

Para nuestro autor, las posibilidades de que el indio se eleve materialmente e intelectualmente dependen del cambio de las condiciones económico-sociales. No están determinadas por la raza sino por la economía y la política. La raza por sí sola, no ha despertado ni despertaría al entendimiento de una idea emancipadora. Sobre todo, no adquiriría nunca el poder de imponerla y realizarla. Lo que asegura su emancipación es el dinamismo de una economía y una cultura que portan en su entraña el germen del socialismo. La raza india no fue vencida, en la guerra de la conquista, por una raza superior étnica o cualitativamente, pero sí fue vencida por su técnica que estaba muy por encima de la técnica de los aborígenes. La pólvora, el hierro, la caballería, no eran ventajas raciales, eran ventajas técnicas. Los españoles arribaron a estas lejanas comarcas porque disponían de medios de navegación que les consentían atravesar los océanos. La navegación y el comercio les permitieron más tarde la explotación de algunos recursos naturales de sus

colonias. Ahora bien, en cuanto al carácter de la conquista ibérica, recuérdese que en los *Siete ensayos*, Mariátegui nos enseña que la misma tuvo el carácter de una empresa militar y eclesiástica más que política y económica; que a América sólo vinieron virreyes, cortesanos, aventureros, clérigos, doctores y soldados, y consecuentemente con lo anterior en las colonias españolas no desembarcaron como en las costas de Nueva Inglaterra grandes bandas de *pionners*, y no se formó una verdadera fuerza de colonización; así, Mariátegui advierte que luego el pionero español carecía además de aptitudes para crear nuevos núcleos de trabajo y que, en lugar de utilización de indios, parecían perseguir su exterminio, y de esa manera destruyeron sistemas comunitarios y echaron las bases del feudalismo y la esclavitud en América; en vías de excepción ilustra la obra de los jesuitas en el Paraguay.

IV. EL PROBLEMA AGRARIO Y EL PROBLEMA DEL INDIO

Para entender la íntima relación entre el problema agrario y el problema del indio tenemos que partir de ciertas características peculiares que se dan en América Latina y en especial para los casos peruano, ecuatoriano, boliviano, guatemalteco y mexicano. En todo caso creemos que el concepto de “indio” es un concepto ideológico, perteneciente por lo tanto a la superestructura, es decir a la representación (racista en este caso) con que la clase dominante encubre a la vez que refleja distorsionadamente y además solidifica las relaciones sociales reales de producción, tal como lo afirma Agustín Cueva.⁶ Ahora bien, en torno de los planteamientos de Mariátegui, encontramos que en la interpretación de su país descubrió una articulación

6 Cueva, Agustín, “El uso del concepto de modo de producción en América Latina. Algunos problemas teóricos”, en *Modos de producción en América Latina*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1978. pp. 27-47.

compleja de por lo menos cuatro modos de producción —comunidad primitiva, feudalismo, elementos esclavistas y capitalismo—.⁷ Así, es fácil advertir que en el Perú J. C. M. encuentra formas de producción servil y casi esclavista en la época en que escribe sus *Siete ensayos*, y así reiteradamente nos habla de los “gamonales” y del “gamonalismo” y que las expresiones de la feudalidad sobreviviente son dos: latifundio y servidumbre. Expresiones solidarias y consustanciales, cuyo análisis nos conduce a la conclusión que no se puede liquidar la servidumbre, que pesa sobre la raza indígena, sin liquidar el latifundio. En cuanto al término “gamonalismo” queda claro cuando él mismo lo define: “El término “gamonalismo” no designa sólo una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales propiamente dicho. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes parásitos, etcétera. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias”. Bien, la liquidación de tal gamonalismo para J.C.M debía haber sido realizada ya por el régimen demo-burgués desde la independencia pero para él en cien años de república, no han existido una verdadera clase burguesa, una verdadera clase capitalista. La antigua clase feudal —camuflada o disfrazada de burguesía republicana— han conservado sus posiciones. La política de desamortización de la propiedad agraria iniciada por la revolución de la independencia —como una consecuencia

7 *Idem.*

lógica de su ideología—, no condujo al desenvolvimiento de la pequeña propiedad. La vieja clase terrateniente no había perdido su predominio. Así, visto el problema dentro de las contradicciones internas, encontramos un gamonalismo que representa expresiones de feudalidad y, por otro lado, de dependencia exterior frente al imperialismo. Primero el inglés y luego el norteamericano. O sea, que siendo la población campesina mayoritariamente indígena y sierva, la única solución es liquidar la feudalidad y orientar la lucha revolucionaria hacia el socialismo y es por ello que para Mariátegui “el problema agrario se presenta, ante todo, como el problema de la liquidación de la feudalidad en el Perú”. Pero hay que tener muy presente que también el fraccionamiento de los latifundios en favor de la pequeña propiedad no es utopista, ni herética, ni revolucionaria, ni bolchevique, ni vanguardista, sino ortodoxa, constitucional, democrática, capitalista y burguesa. Y que tiene su origen en el ideario liberal en que se inspiran los estatutos constitucionales de todos los estados demoburgueses.

Finalmente, en cuanto al problema del indio, que es lo que de manera especial tratamos de los *Siete ensayos* y apoyados en otras lecturas del autor, cabe señalar tres aspectos para nosotros importantes:

a) El problema del proletariado agrícola. Cuando J. C. M. encara el problema del proletariado agrícola, exige una mejor atención. En su tratamiento empírico se ha confundido con el problema campesino, cosa que precisa distinguir para no caer en el mismo error. ¿Quiénes forman el proletariado agrícola? Las grandes masas de trabajadores, que rinden sus esfuerzos en haciendas, huertos, plantaciones, chácaras, etcétera, dependiendo de la autoridad del “patrón”, ejercida por el ejército de caporales, mayordomos, apuntadores y administradores, percibiendo un jornal por día o “tarea”, viviendo en míseras co-vachas, esos son los trabajadores agrícolas. Y quienes para el

autor, no podrán mitigar sus padecimientos si no es por medio de su organización y así, para él, precisa, pues, la formación de cuadros sindicales formados por trabajadores agrícolas, para dar vida a los comités de hacienda, a los sindicatos de trabajadores agrícolas.

b) Problema campesino. Para J. C. M., existen en el Perú diferentes tipos de campesinos, el “colono” o “compañero”, que trabaja la tierra solo, para repartir con el “patrón” sus productos o cosechas; el yanacón, que toma las tierras en arriendo (cuyo pago exigen la mayoría de los gamonales en quintales de algodón); el dueño de pequeñas parcelas de tierras, herencia de sus antepasados, etcétera, son diversos tipos de campesinos, pero que tienen problemas comunes que resolver. J. C. M. cree que el campesino al igual que el proletariado agrícola precisa organizarse, precisa la educación de las masas en su rol de clase, y su concentración en ligas campesinas, en comunidades campesinas que tiendan a la creación de la “Federación Nacional de Ligas Campesinas”.

c) Problema indígena. En cuanto a esta problemática, nos hemos referido ya en forma general a lo largo de todo el trabajo que resume de alguna manera el pensamiento del autor que comentamos; sin embargo, aquí se da una doble circunstancia: el hecho de ser explotado por un lado y por el otro, de ser una masa de la población no castellana y como lógica consecuencia analfabeta.

Pero lo anterior no es motivo de divorcio en la lucha dado que está ligado al problema de la tierra: “Y en su solución no podrá avanzarse si no es con base en la organización de las masas indígenas”, y luego, comenta:

Hay que desarrollar una enseñanza activa, que tienda a capacitarlo en su rol de clase, explicándole su condición de explotado, sus derechos y medios de reivindicarlos. De esta manera el indio será un militante del movimiento sindical, esto es, un soldado que lucha por la liberación social de su clase...⁸

Se torna importante aclarar que desde los *Siete ensayos*, en cuanto a la cuestión étnica nacional, la realidad peruana, así como la latinoamericana, han sufrido cambios importantes en su contexto sociopolítico dependiente. El movimiento indio actualmente tiene gran presencia desde Estados Unidos hasta Argentina.⁹

8 Sobre la cuestión indígena resulta importante consultar: Aquézo Castro, Manuel, *La polémica del indigenismo* (textos y documentos recopilados con prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez), Perú, Mosca Azul Editores, 1976. Un análisis sociológico y político interesante sobre el quehacer de Mariátegui frente a la III Internacional estalinista y el aprismo en: Quijano, Anibal, *Introducción a Mariátegui*, México, Era, 1982.

9 Ver: Bonfil Batalla, Guillermo, *Utopía y revolución*, México, Nueva Imagen, 1981. Barre, Marie Chantal, *Ideología y movimientos indios*, Mexico, Siglo XXI, 1983. Stavenhagen, Rodolfo, *et al. Derecho indígena y derechos humanos en América Latina*, México, Colegio de México e Instituto Indigenista Interamericano, 1988.